

¿Se puede sostener hoy que el cristianismo es el único camino para la salvación?

Un análisis desde los aportes de J. Ratzinger.

JOHANNA ANDREA SUÁREZ JIMÉNEZ

Artículo Final

Maestría en Teología

Facultad de Filosofía, Universidad de La Sabana

Índice

Introducción

Capítulo 1. *Lo peculiar del cristianismo*

Capítulo 2. *La verdad del cristianismo y las religiones en relación a la salvación.*

Capítulo 3. *El cumplimiento de la redención de Cristo para la salvación y el misterio de la acción de Dios en la historia de la humanidad.*

Conclusiones

Introducción

La Iglesia Católica, a la luz de la Revelación, ha formulado la posición de que en Cristo está la única salvación real y definitiva del hombre. Con esta perspectiva, “ha afirmado tradicionalmente la singularidad del Cristianismo y su absoluta diferenciación respecto a las demás religiones” (Morales, 2003, p.9). En el curso de los siglos y a la luz de las Escrituras, la Iglesia no sólo ha apelado a la Revelación para justificar su originalidad respecto a las religiones del mundo, sino que ha proclamado la plenitud y el carácter definitivo de la unicidad y la universalidad salvífica de Cristo afirmando que fuera de la Iglesia no hay salvación (Dominus Iesus, No. 4) .

En efecto, la Iglesia sigue sosteniendo hoy que no todas las religiones son iguales y que el cristianismo, predomina respecto a las otras tradiciones religiosas. Sin embargo, la percepción dominante ¿suele ser la de que todas las religiones, son en último término lo mismo y significan lo mismo. Pero acaso, ¿no son todas las tradiciones religiosas iguales en lo esencial? ¿Por qué la Iglesia considera que el Catolicismo destaca sobre las demás religiones del mundo? En efecto, esta pregunta sale a nuestro encuentro y está presente en los cenáculos de los teólogos. De hecho, “la idea de que todas las religiones son iguales o

equivalentes, y que lo mismo sirve o vale una tradición religiosa que otra, disfruta en nuestros días de relativa difusión, tanto a nivel culto como a nivel popular” (Morales, 2003, p.9). Preguntarse hoy por la variedad de religiones equivale a preguntar hasta qué punto son equivalentes.

Justamente, en el aspecto formal y empírico son evidentes las diferencias, pero no se puede negar que si bien las distintas religiones del mundo cumplen funciones semejantes, y poseen elementos de gracia, hay diferencias esenciales de fondo.

De acuerdo con lo anterior, es evidente que en este contexto cultural, en donde destaca que las diferentes religiones al añadir imperativos de índole moral, justificados y legitimados por autoridades religiosas, tiene como meta última ser buenos y comportarse éticamente y, por ende, pueden alcanzar la “salvación”. Un análisis desde el pensamiento de Ratzinger parece dar luz al problema de la unicidad y universalidad del misterio salvífico de Jesucristo. Ciertamente, en la situación actual, la propuesta del Cardenal alemán busca valorar desde una actitud respetuosa las demás tradiciones religiosas, pero sin olvidar que no todas las religiones son iguales y que el cristianismo se distingue claramente de las demás religiones. Entonces, ¿se puede sostener hoy que el cristianismo es el único camino para la salvación? ¿Qué pasa entonces con los ideales de sociedad plural que imperan en los ambientes académicos de hoy?

El Cardenal Ratzinger postula en la primera parte de su libro *Fe, verdad y tolerancia* (2005) que el problema en torno al encuentro entre las religiones y las culturas ha llegado a ser una tema necesario hoy para la teología. “La cuestión de la compatibilidad entre las culturas y de la paz entre las religiones es un tema de primerísimo orden” (Ratzinger, 2005, p. 1). De acuerdo con nuestro teólogo, la fe cristiana se ve aquejada principalmente por esta

problemática porque desde su génesis y por su misma naturaleza pretende dar a conocer y anunciar a todos quien es el único Dios verdadero y el único Salvador de toda la humanidad. Quizá lo mejor sea apuntar de una vez que nuestro autor es consciente de que el anuncio evangelizador de la Iglesia es puesto en peligro por las tendencias relativistas. Ya no podemos evaluar las transformaciones del mundo y del hombre desde los criterios tradicionales de los cambios históricos. Nos enfrentamos a un cambio súbito, trascendente y absolutamente nuevo que desde lo filosófico, científico y técnico plantea el problema de la validez y la vigencia de lo tradicional.

Adicionalmente, la propuesta de Ratzinger reúne sin lugar a dudas elementos conceptuales que, de ninguna manera, están reservados únicamente a sectores religiosos, aunque es indudable que lo teológico es central en su visión de la realidad. De hecho, se encuentran en sus aportes una valoración positiva sobre las religiones del mundo como precursoras del cristianismo.

En este sentido, los tres capítulos del presente artículo intentan ofrecer una respuesta a la pregunta sobre cómo sostener hoy que el cristianismo es el único camino para la salvación. Desde la particular atención que el Magisterio ha dado a partir del Concilio Vaticano II sobre la relación del Cristianismo con las demás religiones del mundo y las ideas de Joseph Ratzinger -específicamente desde los escritos que componen su obra Fe, Verdad y Tolerancia-, los capítulos pretenden motivar la misión evangelizadora de la Iglesia de anunciar el misterio de Jesucristo como el acontecimiento definitivo para la salvación de la humanidad. Así, en el primer capítulo se exponen los fundamentos de lo peculiar del cristianismo en la historia como aspecto diferenciador de otras religiones. En el segundo capítulo se analiza el problema de la verdad del cristianismo y las religiones en relación a la salvación. Y en el tercer capítulo se reflexiona sobre las implicaciones de la plenitud de Cristo

como culmen del plan salvífico y el misterio de la acción de Dios en la historia de la humanidad.

Capítulo 1. *Lo peculiar del cristianismo.*

En la profundización teológica de las relaciones entre el cristianismo y las demás religiones han surgido muchas preguntas sobre todo en relación al carácter peculiar y distintivo del cristianismo. De aquí la razón de este trabajo. Es necesario prestar atención a las opiniones difundidas actualmente respecto a las diversas religiones, pues suele ser común escuchar que todas las religiones son lo mismo.

La primera impresión que se le impone al hombre, cuando en materia de religión comienza a mirar más allá de los límites de la suya, es la de un ilimitado pluralismo, la de una diversidad verdaderamente abrumadora, que hace que la cuestión acerca de la verdad parezca desde un principio como ilusoria. (Ratzinger, 2005, p. 23).

La verdad custodiada por la Iglesia que afirma que el cristianismo es la religión sobrenatural necesaria para la salvación, pues Cristo es el único Mediador. Esta certeza se opone a las ideas actuales que promueven la validez de todas las religiones, lo cual exige un estudio teológico sobre la validez y la verdad del cristianismo. En efecto, estas ideas contribuyen a que la producción teológica enfatice en que el cristianismo es el acontecimiento singular en la historia de la humanidad. En definitiva, los grandes debates sobre la Iglesia y la Revelación están permeados por cuestiones acerca de las relaciones con los demás pueblos y la validez de las demás religiones. “Solamente a la luz del designio divino de salvación de los hombres, que no conoce fronteras de pueblos ni razas, tiene sentido abordar el problema de la teología de las religiones” (El Cristianismo y las religiones, 1996, No. 28).

En *Introducción al cristianismo* (2013), Ratzinger comenta que quienes intenten hablar hoy de las cuestiones de la fe cristiana a personas que no comprenden el misterio, ni por convicción ni tampoco por vocación, aún dentro de la Iglesia, se darán cuenta de lo difícil que es dicha tarea. Por ejemplo, la situación actual de la teología enfrenta la dificultad de romper con las estructuras dominantes de la era “postmetafísica”. Esto significa que ya no podemos afirmar la verdad sobre la salvación del hombre por la revelación de Cristo, ni hacer referencia a criterios tradicionales. Aunque es posible la apertura bajo la perspectiva de lo que permanece, es claro que hoy en día se rechaza esta idea y se promueve que todas las religiones son caminos válidos de salvación. De acuerdo con esta posición, es evidente que la teología se encuentra ante un problema de fondo porque el Cristianismo afirma la inseparabilidad entre Cristo y la Iglesia.

Precisamente, Ratzinger ha planteado el problema respecto a la unidad y la pluralidad de las tradiciones religiosas y, por supuesto, al lugar del cristianismo en la historia de las religiones. En *Fe, verdad y tolerancia* (2005), el cardenal bávaro ha querido dar un sentido más concreto a los enunciados teológicos acerca del carácter único y absoluto del cristianismo.

Sin embargo, nuestro teólogo es consciente que si al hombre de hoy se le presenta la concepción del cristianismo que se acaba de esbozar acerca de las demás religiones, “se sentirá en general poco inclinado hacia ella: fácilmente valorará como señal de arrogancia el reconocimiento del carácter precursor de las demás religiones. (Ratzinger, 2005, p. 21).

Por tanto, es necesario intervenir y esclarecer algunos contenidos doctrinales del anuncio misionero de la Iglesia Católica que declara la universalidad salvífica del misterio de Cristo. En efecto, el Compendio del Catecismo declara que Dios Padre envió a su hijo como redentor y Salvador de los hombres caídos en el pecado, convocándolos en su Iglesia (No. 1). Sin

embargo, no es tarea sencilla exponer que el misterio salvífico de Jesucristo es el acontecimiento definitivo para la salvación del género humano.

La Epístola a los Hebreos afirma que Cristo ha entrado en el cielo de una vez para todas mediante su ascensión. Nada podrá separar ya la naturaleza humana de la naturaleza divina, y la humanidad está salvada de modo definitivo. Hay por tanto un pasado y un futuro, y Cristo ocupa en el centro de la historia. (Morales, 2003, p. 116).

Adicionalmente en los escritos neotestamentarios encontramos que,

"Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la Ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva" (Ga 4, 4-5). He aquí "la Buena Nueva de Jesucristo, Hijo de Dios" (Mc 1, 1): Dios ha visitado a su pueblo (cf. Lc 1, 68), ha cumplido las promesas hechas a Abraham y a su descendencia (cf. Lc 1, 55); lo ha hecho más allá de toda expectativa: Él ha enviado a su "Hijo amado" (Mc 1, 11). (CEC, 422).

De acuerdo con lo anterior, es importante valorar los acontecimientos definitivos tales como la encarnación del hijo de Dios, como sucesos comunes en un espacio y tiempo determinados que están documentados y narrados en los evangelios. En efecto, el misterio salvífico de Cristo es espléndido: la creación del mundo, la historia de la salvación, la encarnación, la vida pública de Jesús, la resurrección, la ascensión a los cielos y la conformación de la Iglesia evidencian que el Cristianismo es la única religión que guarda una estrecha relación con la historia. Además si nos preguntamos por qué Dios ha querido hacerse hombre la respuesta es porque ha querido salvarnos y obtener una vida nueva para los hombres. La redención de Cristo se convierte en un acto de amor imposible de equiparar con las expectativas o fundamentos de las otras religiones. "El cristianismo es de este modo el fin de la historia

humana en lo esencial” (Morales, 2003, p. 117). Aunque toda religión pretende tener una propuesta de salvación,

El designio de salvación en Cristo precede a la creación del mundo (cf. Ef 1, 3-10), y se realiza con el envío de Jesús al mundo, prueba del amor infinito y de la ternura que el Padre tiene por la humanidad (cf. Jn 3, 16-17; 1 Jn 4, 9-10, etc.). La salvación de Dios, que es Jesús, se presenta a todas las naciones (cf. Lc 2, 30; 3, 6; Hech 28, 28). (Morales, 2003, p.117).

Así, los cristianos, siguiendo el ejemplo de Jesucristo de establecer la caridad y la unidad entre los hombres, deben considerar con mayor atención la relación entre la Iglesia y las religiones no cristianas. Si bien no se puede desconocer la importancia de las demás tradiciones religiosas en la comprensión de la realidad humana a través de lo que tienen en común las culturas, no se puede aceptar la opinión generalizada respecto a las religiones que afirma que todas profesan lo mismo y que todos los creyentes aceptan o creen en el mismo Dios. Si esto fuera así no tendría sentido el ecumenismo ni los esfuerzos que hace la Iglesia por promover un diálogo interreligioso con las demás religiones. Hay que tener en cuenta que “la fe cristiana abarca, en razón de su misma esencia, el acto del pensamiento; de este modo fundamenta la unidad de la historia y la unidad del hombre desde Dios” (Ratzinger,1985, p. 25).

La misión que persigue la Iglesia de anunciar a todos la buena nueva de Cristo, ha estado fundamentado también en presupuestos sociales muy propios de occidente y en las confrontaciones en torno a la historia de la misión cristiana, por ejemplo, suele ser común la afirmación de que “Europa habría intentado imponer su religión al mundo. Por tanto, la renuncia al eurocentrismo debería ir acompañada por la renuncia a la misión” (Ratzinger, 2005, p.77). En efecto, para el occidental de hoy, la equiparación de todas las religiones es

un tema que resulta muy llamativo, pero esto no se puede hacer porque de fondo hay una real separación entre ellas pues sus estructuras están edificadas de manera muy distinta.

De acuerdo con esto, “la teología de nuestro tiempo ha iluminado de manera especial el aspecto positivo de las religiones y con ello ha aclarado principalmente la extensión del concepto de lo provisional”. (Ratzinger, 2005, p. 20). Así, respecto a las demás religiones,

Puede considerárselas como provisionales y, por tanto, como precursoras del cristianismo, valorándolas así, en cierto sentido positivamente. Pero también es posible concebirlas como lo insuficiente, lo contrario a Cristo, lo opuesto a la verdad, que finge proporcionar al hombre la salvación, sin poder dársela nunca realmente. (Ratzinger, 2005, p. 19).

Estas afirmaciones no hacen más que revelar el presupuesto estructural de que en el terreno de lo histórico,

la comunión eclesial es, por tanto, la mediación entre ser y tiempo, por eso es que a la luz del problema planteado podemos afirmar que el conocimiento y la fe de la cristiandad se fundamentan en el discurso a partir de la memoria, en el recuerdo de la comunidad de los discípulos y, por tanto, de la identidad de la Iglesia a lo largo de la historia. (Cfr. Ratzinger, 1985).

Desde este presupuesto se puede comprender que la religión cristiana se manifiesta de formas muy distintas a las demás religiones, con arraigo en la historia y en el tiempo.

La estructura del monoteísmo, por ejemplo, es claramente diferente a la de las grandes religiones asiáticas. El monoteísmo se establece por medio del profeta mientras que las demás religiones y sus variaciones se fundamenta desde la mística, pero no entendida como acto de piedad como se enmarca en la fe cristiana, sino como identidad respecto a la Divinidad. “Es característica de tal mística la experiencia de la identidad: el místico se sumerge en el océano de lo Todo-Uno” (Ratzinger, 2005, p.30). Por el contrario, para la revolución monoteísta de las grandes religiones -el monoteísmo de la India es diferente al monoteísmo de Israel- no es exactamente la identidad lo decisivo, sino el estar ante Dios que llama y sale al encuentro del

hombre. Por eso, la genuina diferencia entre el camino místico y el camino monoteísta consiste en que, en el primer caso, “Dios permanece completamente pasivo y lo decisivo reside en la vivencia del hombre, el cual experimenta su identidad con el ser de todo lo que es, mientras que en el segundo caso, se cree en la actividad de Dios, el cual hace un llamamiento al hombre” (Ratzinger, 2005, p. 35).

Lo peculiar del cristianismo es por tanto su carácter histórico. “La configuración religiosa del Cristianismo obedece a su origen en la Palabra divina, y a su desarrollo histórico, que ha dado forma concreta a muchos de sus aspectos originales”. (Morales, 2003, p. 128). Nada de lo constitutivo de la fe cristiana se da fuera de la historia.

En consecuencia, el cristianismo, basado en la revolución monoteísta, supera el camino místico, propio de otras religiones, a partir de la fe en un acontecimiento.

Por tanto, el Cristianismo no se fundamenta en la intuición del hombre, sino en la acción del mismo Dios que sale al encuentro del género humano para su salvación. Esta iniciativa que procede del Padre es afirmada en 1 Jn 4, 14: “El Padre ha enviado a su Hijo como salvador del mundo”. Porque según 1 Tim 2, 3-4: “Dios, nuestro salvador, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Así, las religiones de índole natural ponen la salvación del género humano y la superación del mal en el mundo a partir del esfuerzo de los hombres, pero solo Dios es el que salva.

Además, es suficiente analizar a la luz de la historia y la racionalidad humana, que el contenido del cristianismo muestra varios aspectos y características dignas de fe que no sólo indican sus diferencias respecto a las demás religiones sino que destaca sobre todas ellas.

“La experiencia de la actividad y de la personalidad de Dios se basa en un comportamiento completamente distinto al que se observa en la idea de la identidad del místico y en la reducción de la persona a lo impersonal” (Ratzinger, 2005, p. 33). No es cuestión por tanto

de un tema de estructura que solo apela al carácter empírico de las religiones. Es importante hacer notar que seguramente en estas reflexiones y en las aportaciones del teólogo alemán estas diferencias abren el camino a un diálogo interreligioso que exige mucho tacto, pero que es necesario para superar estas dualidades si se quiere afrontar la tarea de la búsqueda de la verdad sobre la religión sobrenatural y el carácter peculiar y distintivo del cristianismo.

Así, “la voluntad salvífica no conoce restricciones, pero va unida al deseo de que los hombres conozcan la verdad, es decir se adhieran a la fe (cf. 1 Tim 4, 10)”. (El Cristianismo y las religiones, 1996, No. 29).

Capítulo 2. La verdad del cristianismo y las religiones en relación a la salvación.

En el alma de las enseñanzas del Concilio Vaticano II se ha insertado hondamente el papel de la Iglesia para la salvación de todos los hombres.

Esto explica la especial atención que el Magisterio otorga en custodiar la misión evangelizadora de la Iglesia en relación con las demás religiones teniendo en cuenta que “la última palabra que el Señor resucitado dirige a sus discípulos es una palabra de misión” (Ratzinger, 2005, p.51). La palabra misión significa que Jesús envía a los suyos a hacer discípulos y a bautizar a todos los pueblos. (Mt.28, 19). No es muy difícil, por tanto, ver la intrínseca relación entre el mensaje cristiano y la Iglesia. La Encíclica *Redemptoris hominis* evidencia esta relación:

La Iglesia vive inmersa en este misterio, lo alcanza sin cansarse nunca y busca continuamente los caminos para acercar este misterio de su Maestro y Señor al género humano, a los pueblos, a las naciones, a las generaciones que se van sucediendo, a todo hombre en particular”. (*Redemptoris hominis*, No.7).

Por su parte Pablo VI invitaba a los fieles a iniciar un diálogo con confesiones cristianas y no cristianas que, en definitiva, debía prolongarse hasta el encuentro con el mundo entero, para que siguiendo las huellas de San Pedro y San Pablo los cristianos comunicaran la paz a todos los hombres como hijos de Dios. Así, en la Declaración *Nostra Aetate*, publicada el 25 de octubre de 1965, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, el Concilio destaca con una actitud amplia y firme la importancia de aumentar los vínculos entre los diversos pueblos en cumplimiento con la misión de la Iglesia de fundamentar la unidad entre todos los hombres. En efecto,

La Iglesia Católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, por más que discrepen en mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. Anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es "el Camino, la Verdad y la Vida" (*Jn.*, 14,6). (*Nostra Aetate*, No. 2).

Así, llegamos al punto central del presente capítulo: la verdad del cristianismo y las religiones en relación a la salvación.

La Iglesia, al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del reino de Dios y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es "sacramento universal de salvación", que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre. (*Gaudium et Spes*, No. 45).

Adicionalmente, cuando la Iglesia profesa en el Credo Niceno-Constantinopolitano que el Verbo... "por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo..."(CEC, 456), se pone de relieve que la encarnación redentora confiada a ella es condición necesaria para la

salvación. En la Encíclica *Redemptoris missio* encontramos esta fundamental afirmación de Juan Pablo II:

Todos los hombres son llamados a esta unidad católica del Pueblo de Dios y a ella pertenecen o se ordenan de diversos modos, sea los fieles católicos, sea los demás creyentes en Cristo, sea también todos los hombres en general llamados a la salvación por la gracia de Dios. Es necesario pues, mantener unidad estas dos verdades, o sea, la posibilidad real de la salvación en Cristo para todos los hombres y la necesidad de la Iglesia en orden a esta misma salvación (Redemptoris Missio, No. 9).

En efecto, todos los que tienen por encargo difundir la fe cristiana deben intensificar su trabajo para que la humanidad pueda encontrar el verdadero sentido de la misión universal del cristianismo. En efecto, estas ideas permiten pensar a la Iglesia como esencialmente digna de fe. Así, el encuentro entre las distintas religiones es una de las principales tareas de la Iglesia, no con la intención de minimizar el alcance relativo de la historia de las religiones, sino con el fin de profundizar en la comprensión del designio salvífico de Dios.

A ellas, sin embargo no se les puede atribuir un origen divino ni una eficacia salvífica *ex opere operato*, que es propia de los sacramentos cristianos. Por otro lado, no se puede ignorar que otros ritos no cristianos, en cuanto dependen de supersticiones o de otros errores (cf. 1 Co 10,20-21), constituyen más bien un obstáculo para la salvación. (*Dominus Iesus*, No. 21).

La teología ha intentado profundizar en lo que implican las diferentes tradiciones religiosas respecto a la salvación. Juan Pablo II, señala en *Redemptoris missio*, que las diferentes tradiciones religiosas contienen y ofrecen elementos de religiosidad que proceden de Dios y que forman parte de todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en las culturas y religiones. (Redemptoris Missio, No. 29). Hemos llegado, una vez

más, a la pregunta inicial objeto de este estudio, si se puede sostener hoy que el cristianismo es el único camino para la salvación. En efecto, esta idea necesita ser desarrollada desde lo constitutivo para la fe cristiana, pues la Iglesia acepta a las religiones del mundo con sincero respeto, pero, como es lógico evita caer en el relativismo religioso que considera que lo mismo vale una religión que otra. De esta manera “el relativismo ha llegado a ser en nuestra hora el problema central para la fe” (Ratzinger, 2005, p. 105).

Así, el punto de partida de grandes debates y discusiones muy vivas en la historia de nuestro siglo en el ámbito propio de la teología y el desafío de las religiones, tienen que ver con esta cuestión, precisamente porque la religión cristiana se ha presentado como la única religión verdadera. Ahora bien, de acuerdo con Ratzinger (2005), también el cristianismo puede y debe ser objeto de un estudio diferencial a la luz de su complejidad intrínseca como religión revelada, pues es evidente que no se puede desconocer el esfuerzo y la variedad de todas las tradiciones religiosas ni sus grandes diferencias de carácter empírico. Pero este modo de reflexionar teológicamente el valor de las religiones permite afirmar su semejanza ulterior para los fines del ser humano y exponer el punto de partida en la reflexión respecto a Cristo como la única salvación real y definitiva del hombre.

“El misterio pascual es el culmen de esta revelación y actuación de la misericordia, que es capaz de justificar al hombre, de restablecer la justicia en el sentido del orden salvífico querido desde el principio para el hombre y, mediante el hombre en el mundo, Cristo, que sufre, habla sobre todo al hombre y no solamente al creyente” (*Dives in misericordia*, No.7).

Sin embargo, ante la necesidad de promover el diálogo y el encuentro entre las religiones del mundo en relación con el misterio salvífico, nos encontramos ante un desafío. Aun reconociendo la universalidad potencial de todas las culturas, esta actitud se encuentra constantemente con obstáculos casi insalvables cuando ha de convertirse en una

universalidad efectiva porque en efecto, “no sólo existe el dinamismo de lo común, sino también lo separador, la cerrazón mutua, la contradicción excluyente, la imposibilidad de la transición, porque las aguas que separan son demasiado profundas” (Ratzinger, 2005, p. 59) Sin embargo, en el ámbito específico de la conciencia teológica de la Iglesia, aparece una preocupación más, a mi juicio. La preocupación fundamental es que la misión de la Iglesia no es simplemente la promoción de una idea. Por supuesto que el encuentro entre las religiones es posible porque el hombre, a pesar de todas las diferencias históricas y los distintos modos de organización social, es una misma y única esencia. “Tan sólo por el hecho oculto de que nuestras almas estén tocadas por la verdad se explica la fundamental apertura mutua de todos, así como también las concordancias esenciales que existen aún entre las culturas más alejadas”. (Ratzinger, 2005, p. 59). Pero la cuestión de fondo es que el mensaje sobre la salvación no es una realidad abstracta. Por el contrario, la reflexión teológica de nuestro tiempo no puede desconocer que,

el contenido y el criterio último de la fe es Cristo, es decir, el Jesús de la historia, que es el mismo que ha muerto y resucitado, y que es el mismo que es confesado y predicado juntamente como Cristo de la fe, pero como se ha hecho notar con justeza, la Iglesia es el legítimo y necesario lugar en donde surge, se vive y se piensa la fe en Cristo. (Ocáriz, 2010, p.10).

Justamente, ante este panorama, cabe plantear serias cuestiones fundamentales sobre el papel de la filosofía y los interrogantes religiosos del hombre de hoy, pues no se puede prescindir de un acercamiento al discurso filosófico cuando se pretende pensar en el concepto de la verdad del cristianismo y la tesis que afirma que fuera de la Iglesia no hay salvación. En efecto, un recorrido por el origen y el carácter definitivo de las religiones, por ejemplo, permite entender por qué es clave introducir la radicalidad del conocimiento racional en el

análisis de las relaciones entre las religiones y el concepto de salvación. De este modo, una posible solución al problema del encuentro y el diálogo entre las religiones respecto a este tema puede darse a través de la filosofía. “La fe necesita la filosofía, y la filosofía, si se abre al estudio del ser y de su origen, está predispuesta estructural e intrínsecamente al diálogo con la fe” (Eslava, 2014, p. 16). Así, cuando se pone la mirada en los primeros intelectuales creyentes y defensores de las verdades de la fe cristiana se puede evidenciar la magnitud y el papel de la racionalidad filosófica en lo que respecta a las demás religiones. En efecto, sin entrar en detalles, es claro que el análisis racional de la realidad en los primeros padres de la Iglesia se instaló en principio desde la comprensión de las verdades de la fe. A este respecto, resulta muy interesante la reflexión de Joseph Ratzinger acerca del encuentro de la religión con la filosofía. En la famosa conferencia titulada *La victoria de la inteligencia en el mundo de las religiones* (1999), el Crdenal recordaba que “el cristianismo tiene, en esta perspectiva, sus precursores y su preparación en la racionalidad filosófica, no en las religiones”. Así se remite a lo Divino que puede mostrarse en el análisis racional de la realidad. “Es esto lo que se entiende cuando el cristianismo, a partir del discurso paulino en el Areópago en adelante, se presenta con la pretensión de ser la *religio vera*” (Blanco, 2005, p. 659). Ahora bien, es evidente que la racionalidad moderna no aceptaría ningún argumento que sugiera un solo camino para comprender algún aspecto de la realidad humana, como es la cultura y sus manifestaciones religiosas.

Ratzinger en *Fe, verdad y tolerancia* (2005), recuerda la importancia de tener una visión más amplia sobre el cristianismo y su papel respecto a las religiones del mundo para comprender mejor las implicaciones de la diversidad y del pluralismo de nuestro tiempo que tiene como base presentar la cuestión de la verdad como ilusión y que está inserta como problema en las raíces propias de la filosofía de nuestro tiempo. Se afirma que lo verdadero es en y por un

tiempo, porque pertenece al devenir de la verdad. En efecto, se difuminan los contornos entre lo verdadero y lo no verdadero. Y la invitación es a modificar la actitud básica del hombre respecto de la verdad y respecto de sí mismo. Desde este punto de vista, la fidelidad a la verdad de ayer consiste en abandonarla, en “superarla”, elevándola a la verdad de hoy. (Ratzinger, 1985, p. 17). Desde luego, esta forma de comprender la verdad impone como consecuencia la pérdida de la metafísica y la afirmación de la verdad como una ilusión; la idea del eterno retorno, de lo que no obtiene nunca la verdad, de lo que está fuera de la historia, tal como lo constataría Nietzsche en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* y no podemos desconocer que pareciera que en muchos de estos elementos se obstaculizara la comprensión del hecho religioso a la luz de la relación del hombre con Dios.

La perspectiva cristiana segura de custodiar la verdad sobre la revelación de Dios y el designio salvífico para la humanidad sugiere motivos suficientes para preguntar si se puede sostener hoy que el cristianismo es el único camino para la salvación, y de todo esto, como es lógico, se derivarán también dudas respecto a la verdad. Basándonos en estas consideraciones, vale la pena mostrar que la historia del cristianismo es el testimonio de las religiones que en su camino hacia el progreso y la esperanza, comprenden la presencia silenciosa de Dios en la historia de la humanidad, donde la meta es el Logos hecho hombre: Jesucristo. En efecto,

los apóstoles, y en general la comunidad cristiana primitiva, podían hallar únicamente en Jesús al Redentor porque tenían sus ojos puestos en «la esperanza de Israel»: porque no consideraban que las formas religiosas heredadas de su entorno eran suficientes para ellos, sino que eran personas que aguardaban y buscaban con el corazón abierto. (Ratzinger, 2005, p.48).

El cristianismo tiene un papel fundamental en la historia de la humanidad y de la salvación. Cristo, como don de Dios, es la verdadera novedad en el mundo. En efecto, para Ratzinger es Cristo quien purifica las religiones y las conduce hacia su propia naturaleza. Por tanto, lo religioso resulta algo sin sentido si no se ilumina con la razón. La Iglesia en su misión de anunciar la verdad a todos los pueblos debe apoyarse en la racionalidad filosófica que permite superar el misticismo -que pretende ser la única naturaleza vinculante en la historia de las religiones- cuando reconoce que la razón humana puede conocer a Dios porque es capaz de conocer la verdad. No hay duda de que el fundamento antropológico es clave para la misión de la Iglesia y para comprender el lugar del cristianismo en la historia de las religiones. En efecto, lo que puede unir a las culturas entre sí no puede ser más que la verdad común sobre el hombre, sobre Dios y sobre la realidad en su conjunto.

El problema radica en que la filosofía, sobre todo la moderna, ha querido llegar a la esencia oculta de las religiones como si su carácter pudiera analizarse en su totalidad sin considerar que Jesucristo es un misterio que supera la antropología.

Así, por ejemplo, el *cogito ergo sum* cartesiano, aunque tenía aspiraciones metafísicas, encerró al sujeto en la propia conciencia, y presentó obstáculos no fáciles de superar para alcanzar la realidad de las cosas. En la misma línea, el kantismo consideró que la dimensión del pensamiento humano no podía trascender el campo de lo fenoménico-contingente para llegar a la verdad. De hecho, si no es posible acceder a un mundo objetivo a través de la razón, no se podría establecer ni siquiera un diálogo entre las culturas porque por lo menos hay que partir del hecho que sostiene que el hombre es un ser religioso esencialmente.

Sin embargo, aquí se pone de relieve otro aspecto que pienso merece la pena resaltar. ¿Qué implicaciones tiene todo esto para la misión de la Iglesia? Hay que tener en cuenta que encontrar lo común en las religiones, respecto a la revelación, puede facilitar que se le dé

valor salvífico a las demás religiones, tal y como lo pensó Rahner¹, lo que implicaría declarar que la salvación de los hombres podría estar fuera de la Iglesia. Y esto es posible, porque en términos del cardenal bávaro, la diversidad puede llegar hasta la cerrazón, que deriva principalmente de los límites del espíritu humano. Habría que precisar y enfatizar en que tan solo en la ordenación mutua de todas las grades creaciones culturales se aproxima el hombre a la unidad y a la totalidad de su esencia. “El medio de unión y encuentro de las culturas es precisamente la verdad sobre el hombre en el cual esta siempre la verdad sobre Dios y sobre la realidad misma” (Ratzinger, 2005, p.59). En este concepto se expresa la riqueza de la relación entre la fe y la cultura. Joseph Ratzinger presenta así la propia comprensión del cristianismo en sí mismo. Para el cardenal y teólogo alemán es evidente que la oscuridad de la verdad es la ruina del hombre.

De hecho, el problema radica también en que el mundo ha comprendido que son los hombres los protagonistas de la misión. Si Cristo es el misterio central de la fe, vale la pena recordar aquellas palabras del Evangelio: “Siervos inútiles somos, hemos hecho lo que debíamos hacer” (Lc 17, 10). “Lo que lleva a una religión hacia otra y conduce a los hombres por el camino hacia Dios es la dinámica de la conciencia y de la silenciosa presencia de Dios en ella”. (Ratzinger, 2005, p. 55).

Por tanto, el aporte de la racionalidad filosófica al diálogo con las demás religiones consiste en la necesidad de una actitud de búsqueda y de humildad respecto a la verdad. Es en la historia de la humanidad donde se evidencia la voluntad y la presencia de Dios que sale en el encuentro entre las culturas que pone a los hombres en el camino hacia Dios. Pero la

¹ De acuerdo con Ratzinger (2005), Rahner quiso afirmar la posibilidad de la salvación para quienes no han recibido el mensaje cristiano. Es el famoso concepto del “cristiano anónimo” que puede salvarse realizando auténticamente lo esencial del cristianismo sin saberlo. En efecto, para Ratzinger es Cristo quien purifica las religiones y las conduce hacia su propia naturaleza, pero es evidente que Rahner olvida que Jesucristo es un misterio que supera la antropología y, como se dijo anteriormente, que el cristianismo tiene un papel fundamental en la historia de la humanidad y de la salvación. Cristo, como don de Dios, es la verdadera novedad en el mundo. No se puede dejar de lado la singularidad histórica de lo que implica Cristo para los hombres y el misterio de la Santísima Trinidad en la historia de cada uno.

verdadera fe, cuando es atenta y vigilante, conoce que en sus múltiples manifestaciones culturales necesita de purificación y apertura. Así, es preciso hacer notar, como se intentó explicar en el primer capítulo, que la verdadera exigencia de la fe cristiana no puede hacerse visible dejando de lado la singularidad histórica de lo que implica Cristo para la salvación de la humanidad pues, “con la venida de Jesucristo Salvador, Dios ha establecido la Iglesia para la salvación de todos los hombres (cf. Hch 17,30-31)” (*Lumen Gentium*, No. 17).

Capítulo 3. El cumplimiento de la redención de Cristo para la salvación y el misterio de la acción de Dios en la historia de la humanidad.

Luego de exponer las ideas acerca de la verdad del cristianismo y del papel que las religiones no cristianas pueden desempeñar respecto a la salvación de los hombres, parece oportuna la pregunta sobre cómo comprender el cumplimiento de la redención de Cristo y el misterio de la acción de Dios en la historia de la humanidad. Es una cuestión que va más allá del tema de cómo participan las religiones del mundo del único camino que es Cristo y su Iglesia, asunto que podría decirse está resuelto en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, pues el análisis no es sobre la existencia legítima de las religiones sino sobre el sentido histórico de su existencia. De ahí que sea importante reflexionar sobre el misterio de la acción divina que llega a la plenitud con Cristo y que se ha dado como Dios ha querido en el tiempo y en los hechos de la historia humana.

Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cf. Ef 1, 9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina. (*Fides et Ratio*, No. 7).

Así, está en la conciencia de la Iglesia el ser depositaria de un mensaje que tiene su origen en el mismo Dios. “El conocimiento que ella propone al hombre no proviene de su propia

especulación, aunque fuese la más alta, sino del hecho de haber acogido en la fe la palabra de Dios (cf. 1 Ts 2, 13)” (*Ibidem*).

Lo primero que se puede decir es que existen unos acontecimientos concretos de la historia de la salvación que expresan los designios de Dios revelados en Jesucristo y que son datados en el Antiguo y el Nuevo Testamento, de tal modo que la Tradición y el Magisterio están unidos, bajo la acción del Espíritu Santo, a la revelación de Dios constatada en la Sagrada Escritura.

Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas. (*Dei Verbum*, No. 2).

Así, la Iglesia se devela como “misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre” (*Ad Gentes*, No. 2).

Si la revelación se realiza por palabras y obras intrínsecamente unidas entre sí, la Iglesia ya es en sí misma, una acción de la revelación divina.

De acuerdo con lo anterior, si se hace una profundización teológica sobre estas verdades de la fe cristiana, podremos reconocer que Dios ha amado al hombre desde la creación. En mi opinión, ningún texto del mundo cristiano esclarece tanto esta idea como la que podemos encontrar en el Génesis. En efecto, el Papa Francisco en *Laudato Sí* (2015), comenta cómo en el primer libro del pentateuco encontramos un lenguaje narrativo y simbólico que nos muestra profundas enseñanzas sobre la realidad histórica del amor de Dios. En la primera parte del hecho creador de Dios se dice que “Dios vio todo lo que había hecho y era muy bueno (*Gn*, 1,31). Aquí se establece en definitiva que el hombre es creado por amor. Pero es en particular, en *Gn* 3, 8-10, donde se evidencia la prueba contundente del designio amoroso

de Dios, situación que de hecho se evidencia en la historia del pueblo de Israel, que, a pesar de su infidelidad, Dios nunca le abandonó.

“Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahvé Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahvé Dios por entre los árboles del jardín. Yavhé Dios llamó al hombre y le dijo ¿Dónde estás?”
(Gn 3, 8-10).

A pesar del pecado y del pretender ocupar el lugar de Dios, Dios habla y sale al encuentro de Adán. No es Adán el que busca a Dios, es Dios mismo quien por su amor especialísimo sale a su encuentro.

De hecho, en el Antiguo Testamento, de acuerdo con la historia del pueblo de Israel, se puede evidenciar que la palabra de Dios adquiere un especial matiz a la luz de los profetas, pero, sobre todo, a la luz de la amistad con Moisés. Como se cita en Manucci (1997), “Éxodo 33, 11: El Señor hablaba con Moisés cara a cara, lo mismo que un hombre habla con su amigo” (Manucci, 1997, p. 29). La palabra, con exactitud, el pacto de la alianza con los diez mandamientos de la Ley de Dios llega a Israel porque Moisés responde al llamado que le hace el Señor. De alguna u otra forma, Israel obtiene la salvación y el acceso a la revelación gracias a la respuesta de Moisés. De ahí, el carácter de “vocación”. “Dios llama, convoca, interpela a los hombres, los creyentes escuchan acogen y viven la palabra de Dios” (Manucci, 1997, p. 29). La acción de Dios exige por parte del hombre una respuesta al amor que Dios ha tenido por la humanidad.

En efecto:

La historia de amor de Dios con Israel consiste, en el fondo, en que Él le da la Torah, es decir, abre los ojos de Israel sobre la verdadera naturaleza del hombre y le indica

el camino del verdadero humanismo. Esta historia consiste en que el hombre, viviendo en fidelidad al único Dios, se experimenta a sí mismo como quien es amado por Dios y descubre la alegría en la verdad y en la justicia (Benedicto XVI, 2005, n. 9).

Se establece aquí, precisamente, que Dios es amor y creer en el amor de Dios es la opción fundamental de la vida del cristiano.

Del mismo modo, en *Fe, verdad y tolerancia* (2005) comienza nuestro teólogo alemán a hacer un análisis sobre cómo Cristo fue para el mundo el descubrimiento del amor creador. En efecto,

el viejo culto resulta obsoleto y queda suprimido por la entrega que Jesús hace de sí mismo a Dios y a los hombres, entrega que aparece ahora como el verdadero sacrificio, como el culto espiritual, en el que Dios y el hombre se abrazan y llegan a reconciliarse, de lo que da testimonio la cena del señor, la eucaristía, que es certidumbre real y presente en todo tiempo. Tal vez la expresión más hermosa y más convincente de esta nueva síntesis cristiana se halla en aquellas palabras de la carta primera de Juan, que son una confesión de fe: “Nosotros hemos creído en el amor” (1 Jn 4, 16). (Ratzinger, 2005, p. 137).

Y, ciertamente, ese amor se manifiesta y se explica en que Dios se dirige a cada uno. Sin embargo, hemos constatado que el mundo no ha querido recibir a Cristo: “Vino a los suyos y los suyos no le recibieron” (Jn. 1, 11-12). Aquí se establece una cuestión de fondo que merece la pena ser analizada.

La predicación cristiana de Jesucristo crucificado escandaliza a aquellos que no pretenden que la buena nueva sea verdadera. La tarea de la Iglesia se fundamenta y cobra mucho sentido. La misión fundamental es la de anunciar al Dios verdadero e iluminar las inteligencias dominadas libremente por el pecado para salvar a los hombres desde el interior

del mundo. “Haber recibido como tarea la transformación del mundo es una afirmación inseparable de la concepción cristiana del ser humano” (Morales, 2003, p. 111). En efecto, el reconocimiento de Dios se alcanza por la razón y la voluntad, capaces de conocer la verdad y querer el bien; porque el cristianismo no se encuentra en el nivel del mito, sino en el plano de la realidad humana que la razón percibe y quiere comprender porque la esencia de las cosas no es ajena al despliegue del mundo a lo largo del curso histórico. La verdad no puede ser ajena a la historia porque la gracia y la adhesión a la fe se dan en la historia personal y colectiva de la humanidad. Así:

La historia de la salvación que culmina en Cristo, es una verdadera novedad en el mundo, un don inesperado para el hombre tal como existe en la historia. Y repercute históricamente en cada hombre de manera misteriosa, como una llamada y una ayuda que le vienen de fuera. (Lorda, 2009, p. 118).

En efecto, no se puede contemplar el hecho de la salvación sin tener en cuenta la visión cristiana del mundo y de la historia. Como lo afirmaría San Pablo: “Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es nuestra fe” (1 Cor. 15, 4). Jesucristo existe y vive. Lo esencial de la vida cristiana es la relación personal de amor con Cristo. Pero esto sólo se logra con el uso de la libertad. El cumplimiento de la redención de Cristo para la salvación y el misterio de la acción divina en la historia son un don de Dios a la humanidad. La vía teológicamente más adecuada para comprender los designios divinos es tener en cuenta que el fin del hombre es revelado y realizado en Cristo. Es Dios quien se ha revelado y se ha acercado al hombre. Y el camino que elige, como se ha dicho, es el Logos encarnado. Esta es la novedad y el centro de la vida cristiana que tiene una dimensión universal y profesa la salvación para toda la humanidad y, así, la orientación del hombre hacia esta verdad se logra con el uso de la libertad. “Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia

decisión para que así busque espontáneamente a su Creador y, adhiriéndose libremente a éste, alcance la plena y bienaventurada perfección”. (*Gaudium et Spes*, No. 17). Por tanto, a la cuestión fundamental de si se puede sostener hoy que el cristianismo es el único camino para la salvación hay que sumarle la condición de que el hombre en el ejercicio de su libertad puede decidir si acoger o no el plan de salvación como acción única e irrepetible en la historia. En efecto, la libertad humana, herida por el pecado, ha de apoyarse necesariamente de la gracia, pues no se puede prescindir de la libertad de Dios que ha amado al hombre y es quien obra y salva en la historia personal de cada uno.

La providencia de Dios, que por un admirable designio de amor elevó en sus comienzos al género humano a la participación de la naturaleza divina y, sacándolo después del pecado y de la ruina original, lo restituyó a su primitiva dignidad, quiso darle además el precioso auxilio de abrirle por un medio sobrenatural los tesoros ocultos de su divinidad, de su sabiduría y de su misericordia (León PP. XIII, 1893, n. 1).

En relación a esto, se podría considerar que las religiones pueden ayudar a los cristianos, por contraste, a entender y vivir mejor su fe, pues no hay que ir muy lejos ni hacer un tratado para evidenciar los conflictos y las distorsiones a los que se ve expuesta toda religión que pierde el sentido del amor de Dios y que se sostiene únicamente por límites humanos y culturales. En otras palabras, el amor de Dios revelado a los hombres sitúa al cristianismo en un lugar privilegiado. “Estos hechos diferenciales sitúan al cristianismo en relación con otras religiones: la asunción de la razón humana de manera crítica, y la superación del misticismo de la indistinción con la relación con un Dios personal” (Ratzinger, 2005, p. 34). Así, la conciencia más valiosa de la dignidad de la persona consiste en el llamado del hombre a la unión con Dios. “Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios

(...) Muchos son, sin embargo, los que hoy día se desentienden del todo de esta íntima y vital unión con Dios o la niegan en forma explícita” (*Gaudium et Spes*, 19). En efecto:

Debido al misterioso pecado del principio, el hombre es tentado continuamente a apartar su mirada del Dios vivo y verdadero y dirigirla a los ídolos, cambiando la verdad de Dios por la mentira; de esta manera, su capacidad para conocer la verdad queda ofuscada y debilitada su voluntad para someterse a ella. (*Veritatis Splendor*, 1).

De acuerdo con esto, el cumplimiento de la redención de Cristo para la salvación y el misterio de la acción de Dios en la historia de la humanidad confirma y completa la revelación y pone de manifiesto la importancia de la fe y del cristianismo para la salvación. “La fe cristiana poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud” (Benedicto XVI, 2005, n. 1). Dios es quien ha amado primero a los hombres. Y así, una vez más, la *Dei Verbum* lo confirma cuando cita que “Dios invisible habla a los hombres como amigos” (n. 2).

Teniendo en cuenta esto y reflexionando sobre la pregunta de si se puede sostener hoy que el cristianismo es el único camino para la salvación, es preciso comprender que la Iglesia Católica es quien presenta la significación del misterio salvífico de Cristo. No es posible aceptar propuestas de solución a la cuestión de la salvación de los hombres sin contemplar que en el plan de salvación de Dios la plenitud es Jesucristo. Así, en el Nuevo Testamento encontramos que “Jesucristo afirmó de Sí mismo que el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc. 19,10); en el Evangelio de San Juan descubrimos que Dios no ha enviado a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él (Jn. 3,17); y a través de San Pablo leemos que Jesucristo vino al mundo a salvar a los pecadores (1 Tim 1,15), en efecto, el plan de salvación es liberar al hombre del pecado. Esta finalidad es el propósito principal. Así señala el Catecismo de la Iglesia Católica: El Verbo

se encarnó para salvarnos reconciliándonos con Dios: "Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 4, 10). "El Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo" (1 Jn 4, 14). (CEC 457). En este punto vale la pena recordar que el Nuevo Testamento ha puesto de relieve los fundamentos de la fe. Los primeros cristianos no se presentaron al mundo declarando una idea. De hecho, muchos de ellos se presentan como testigos de la vida de Jesús; su nacimiento, su juicio ante Pilato, su muerte, su resurrección y su ascensión a los cielos; y otros mueren por defender lo que han creído. En efecto:

La misma lucha contra los diversos *docetismos* defendiendo la realidad de la carne del Señor, la incansable insistencia en que la salvación humana es *salus carnis*, salvación de la carne, no es otra cosa que consecuencia, y al mismo tiempo demostración, de que el núcleo central de la *predicación* está constituido por acontecimientos históricos: Jesús de Nazaret, de quien se afirma que es el Hijo de Dios, murió según las Escrituras y resucitó al tercer día según las Escrituras. (Ocariz, p. 11).

En mi opinión, estos hechos fundamentales del Cristianismo permiten comprender su verdadera esencia y su papel para la salvación de los hombres. Los cristianos custodian la verdad del misterio pascual. Cristo, muerto y resucitado; vive y vive en la Iglesia. Por eso, es oportuno recordar cómo en la encíclica *Deus Caritas Est*, Benedicto XVI sostiene que "no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva". Pero es importante hacer notar que esto no es tan evidente incluso para quienes pertenecen a la Iglesia y dicen acogerse a la fe cristiana. Así, la respuesta adecuada al amor de Dios es la fe. Pero la fe es un don de la gracia. La escucha por parte del hombre del mensaje de la fe "no es una recepción pasiva de una información por lo demás

desconocida, sino que es el despertar de nuestra memoria soterrada y el abrirse de las energías de la comprensión, que aguardan en nosotros la luz de la verdad”. (Ratzinger, 2005, p. 220).

La obediencia de la fe conduce a la acogida de la verdad de la revelación de Cristo, garantizada por Dios, quien es la Verdad misma; « La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado ». La fe, por lo tanto, « don de Dios » y « virtud sobrenatural infundida por Él », implica una doble adhesión: a Dios que revela y a la verdad revelada por él, en virtud de la confianza que se le concede a la persona que la afirma.. (*Dominus Iesus*, No. 7).

Así, el cumplimiento de la redención de Cristo para la salvación y la acción divina en la historia de la humanidad develan la importancia de comprender los designios de Dios como misterio. No se puede prescindir de la realidad última de las limitaciones humanas en el camino de la comprensión de las verdades de la fe y del amor de Dios. Lo que sí puede decirse de acuerdo con la esencia del cristianismo, que como se evidenció en el primer capítulo, es profética, es que el cristianismo sobresale, porque Cristo ocupa el centro de la historia y que “ningún acontecimiento histórico podrá tener ya la misma importancia que la Resurrección de Jesús, que no ha sido absorbida por el río de la historia, sino que flota y sobre sale sobre él” (Morales, p. 117), y Dios hace llegar la plenitud del misterio salvífico de Cristo al mundo por recorridos que sólo Él quiere y conoce, con la acción personal del Espíritu Santo que da la esperanza de la resurrección y el impulso para la evangelización y, en consecuencia, ofrece a todos la posibilidad de aceptar libremente por la fe que la Iglesia Católica es “sacramento universal de salvación” (Lumen Gentium, 48).

Conclusiones

Todo lo que se pretendió analizar en el presente artículo se hizo con la intención de aportar a la misión evangelizadora de la Iglesia en su función de dar a conocer la verdad del cristianismo y el papel que las religiones no cristianas pueden desempeñar respecto a la salvación del género humano. No cabe duda que ha sido uno de los grandes temas en numerosos escritos teológicos y que las luces y directrices dadas por el Concilio Vaticano II son claves en la comprensión del misterio de la salvación a la luz de la doctrina católica. Así, definir con mayor atención y claridad el lugar del cristianismo en el conjunto de la historia es un tema fundamental. Y en efecto, sólo puede lograrse a la luz de conocer quién es la persona y de comprender nuestra esperanza con la mirada puesta en la humanidad y el amor de Dios por los hombres.

El que todos nosotros seamos parte de una única historia que de múltiples maneras se halla en el camino hacia Dios, pues hay algo que se nos mostró como la intuición decisiva para la fe cristiana, la historia de las religiones como una historia real como un camino cuya dirección significa progreso y cuya actitud significa esperanza. (Ratzinger, 2005, p.39).

Así, respecto a la cuestión de si se puede sostener hoy que el cristianismo es el único camino para la salvación, se debe tener en cuenta, a la luz de los diversos contextos, civilizaciones, culturas y sistemas de pensamiento, que temas como fundamentar el carácter de universalidad y unicidad de la Iglesia Católica con relación a la salvación y respecto a las demás religiones, irrumpen en el mundo intelectual de nuestro siglo de manera poco atrayente. Esto, porque no se puede desconocer que, en las dificultades en la transmisión de las verdades de la fe, influyen las condiciones históricas que afectan la comprensión de las realidades propiamente humanas, pero la revelación sobrenatural y la historia de la salvación justifican que “la verdad

íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación” (Dei Verbum, No. 2), Por tanto, sí se puede sostener hoy que el cristianismo es el único camino para la salvación, aunque no se pueda decir que las demás religiones son ajenas a la acción de Dios. Esta sería la postura exclusivista, que afirma que sólo en la religión cristiana habría salvación sin considerar que Dios no está nunca lejos de los hombres y quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (Cf. Hch. 17, 25). “Es el resplandecer de la norma común, que no hace violencia a ninguna cultura, sino que conduce a cada una a su genuino centro, porque cada una es en último término expectación de la verdad” (Ratzinger, 2005, p. 61).

En efecto, el texto conciliar sobre la Iglesia comenta que,

quienes, ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. Y la divina Providencia tampoco niega los auxilios necesarios para la salvación a quienes sin culpa no han llegado todavía a un conocimiento expreso de Dios y se esfuerzan en llevar una vida recta, no sin la gracia de Dios. (Lumen Gentium, N. 15).

Esto no implica desconocer las verdades de la fe, porque son verdades reveladas por Dios y custodiadas por el Magisterio de la Iglesia. Esto conlleva a identificar cómo se puede acoger a las demás manifestaciones desde un contexto más amplio como lo es poder pensar que las religiones pueden cumplir algunas funciones semejantes, aunque en definitiva no son lo mismo ni significan lo mismo. No obstante, hay que tener cuidado con la promoción de una posición pluralista o relativista. Esto es un problema que se debe tener muy presente, porque se podría entender que otras religiones estarían en la capacidad de proveer la salvación a los

hombres y en realidad no lo están. La fe cristiana puede incluir todo lo bueno y verdadero que, ordenado a la Iglesia, puedan tener las demás religiones del mundo. De aquí la importancia del diálogo interreligioso. Las convicciones y creencias que cada una de las religiones predica evidencian que ellas son distintas, que no siempre determinan objetivos semejantes, y que no revelan el mismo camino de salvación ni la misma forma de alcanzarlo. Es claro también que las concepciones de orden religioso en el mundo no sólo conservan una doctrina de normas de comportamiento moral, sino que poseen unas creencias sobre la realidad, sobre la esencia humana y, por supuesto, sobre su relación con Dios. Y en consecuencia, aunque se pudiera afirmar que todas ofrecen la posibilidad de un desarrollo espiritual y moral, la salvación no puede reducirse en una cuestión de ser buenos o comportarse bien.

Lo primordial es comprender que el respeto por la dignidad de la persona que contiene el respeto por sus creencias y convicciones religiosas no prescinde del anuncio evangélico ni de la misión de la Iglesia que desea legítimamente que todos los hombres se conviertan a la gracia que solo Cristo puede otorgar, sin olvidar la acción del Espíritu Santo y la libertad de Dios que obra en los corazones de los seres humanos, “es Dios quien actúa y crea la salvación para el hombre” (Ratzinger, 2005, p.38).

La cultura actual, aunque prescinde de Dios en muchos ámbitos, seguramente en parte porque los creyentes que con poca formación en educación religiosa exponen inadecuadamente la doctrina de la fe, necesita un corazón abierto al mensaje del evangelio desde los criterios que supone la libertad humana de aceptar o no las verdades reveladas de la fe cristiana. En consecuencia, la Iglesia insiste en la importancia de analizar los contenidos de la fe desde perspectivas propias de la filosofía. “El pensamiento filosófico es a menudo el único ámbito de entendimiento y de diálogo con quienes no comparten nuestra fe” (*Fides et ratio*, 104).

Ciertamente, la filosofía en nuestra cultura actual exige un esfuerzo, pues puede correr el riesgo de no enfocarse en la pregunta por la existencia misma del hombre y quedar a merced de procedimientos únicamente instrumentales sin la auténtica formulación de la pregunta por el sentido de la vida que puede encontrar en el cristianismo, la respuesta a la verdad última sobre la vida del hombre. El hombre es capaz de Dios porque es capaz de conocer la verdad. Ahora bien, conviene aclarar que la fe no se asienta en una cierta tradición cultural, sino que es razonable creer porque hay razones objetivas para hacerlo. El cristianismo es un hecho histórico y sobran los datos para demostrar muchas verdades específicamente cristianas. “La racionalidad cristiana, fundada en la metafísica y en la historia, permite hablar del cristianismo como religión verdadera” (Eslava, 2014, p. 75). Por eso, es ineludible ahondar en las grandes verdades de la Revelación a la luz de la razón y la fe. Así, la Teología puede definirse como una ciencia que, partiendo de la fe en la Revelación de Dios, obtiene sus conclusiones mediante la reflexión de la razón para comprender mejor lo que cree.

En este punto se retoma el principio metafísico: el encuentro entre las culturas para formar una única historia común de la humanidad tiene su fundamento en la esencia misma del hombre. También se puede comprobar con el recurso a la historia: si se busca la verdad sobre los vestigios interculturales se descubrirá que las antiguas culturas tienen más en común con el cristianismo que con el mundo relativista y racionalista. (Eslava, 2014, p. 81).

Sin embargo, esto solo es posible comprenderlo a la luz de ver al cristianismo como una religión histórica y no como un sistema de pensamiento. El cristianismo es la religión que salva, porque en la historia Dios se manifiesta y sale al encuentro del hombre. “Las cadenas del pecado, las tinieblas de la muerte y el poder del diablo son vencidos por Cristo el Salvador” (Cases, 2003, p.71) Y esto se evidencia porque Dios ama al género humano.

El hombre no puede acceder a la redención por sus propios medios. El pecado es el estado de carencia de la gracia. “El pecado se levanta contra el amor que Dios nos tiene y aparta de Él nuestros corazones... Por esta exaltación orgullosa de sí, el pecado es diametralmente opuesto a la obediencia de Jesús que realiza la salvación (cf *Flp* 2, 6-9)” (CEC, 1850). Por consiguiente sólo Dios puede salvar al hombre en la persona de Jesucristo.

Referencias

- Benedicto XVI (2005). Carta Encíclica *Deus Caritas Est*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Blanco Pablo, (2005). *La razón en el cristianismo*. Una reivindicación de Joseph Ratzinger. *Scripta Theologica* 37. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Cases, E. (2009). *Cristología breve*. Pamplona: EUNSA.
- Catecismo de la Iglesia Católica (1993). Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Concilio Vaticano II, “*Constitución pastoral Gaudium et Spes sobre la Iglesia en el mundo actual*”.
- Congregación para la Doctrina de la fe, “*Declaración Dominis Iesus sobre la unicidad y universalidad salvífica de Jesucristo y la Iglesia*”.
- Concilio Vaticano II, “*Constitución pastoral Gaudium et spes sobre la Iglesia en el mundo actual*”.
- Concilio Vaticano II (1965). “*Constitución Dogmática Dei Verbum sobre la divina revelación*”.
- Concilio Vaticano II, *Decreto Ad gentes sobre la actividad misionera de la Iglesia*. *Declaración Nostra Aetate sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas*.
- El Cristianismo y las religiones* (1996). Disponible en:
https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_cti_1997_cristianesimo-religioni_sp.html#Los_presupuestos_teol%C3%B3gicos
- Eslava, E. (2014). *La filosofía de Ratzinger: ciencia-poder-libertad-religión*. Chía: Universidad de la Sabana.

- Fazio, M. (2007). *Historia de las ideas contemporáneas. Una lectura del proceso de secularización*. Madrid: Rialp.
- Ferrer, V. () *Jesucristo, Nuestro Salvador*. Madrid: Rialp.
- Francisco (2015). Carta Encíclica *Laudato Sí*, Ciudad del Vaticano, Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II (1980). Carta Encíclica *Dives in misericordia*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II (1990). Carta Encíclica *Redemptoris missio*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II (1998). *Carta encíclica Fides et ratio*. Versión castellana de la Políglota Vaticana. Madrid: Ed. San Pablo.
- León XIII (1893). Carta Encíclica *Providentissimus Deus*, Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Lorda, J. L. (2009) *Antropología Teológica* (Manuales de Teología, 15). Pamplona: Eunsa.
- Manucci, V. (1997). *La Biblia como palabra de Dios*. Bilbao: Ed. Desclee de Brouwer.
- Morales, J. (2003). *El valor distinto de las religiones*. Madrid: Ediciones Rialp S. A.
- Ocariz, F., Mateo Seco, L. F. & Riestra, J. A. (1991). *El misterio de Jesucristo. Lecciones Cristología y Soteriología*. Pamplona: EUNSA.
- Ratzinger, J. (1985). *Teoría de los principios teológicos*. Barcelona: Ed. Herder.
- Ratzinger, J. (2005). *Fe, verdad y tolerancia*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Ratzinger, J. (2007). *La Iglesia, Israel y las demás religiones*. Madrid: Ciudad Nueva.
- Ratzinger, J. (2013). *Introducción al cristianismo*. Salamanca: Ed. Sígueme.